



La Santa Sede

DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A LOS OBISPOS DE MALASIA, SINGAPUR Y BRUNEI EN VISITA "AD LIMINA"

Sábado 10 de noviembre de 2001

Queridos hermanos en el episcopado:

1. "Al tener noticia de vuestra fe en el Señor Jesús y de vuestra caridad para con todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros recordándoos en mis oraciones" (*Ef 1, 15-16*). En el vínculo de esta fe, os saludo, *obispos de Malasia, Singapur y Brunei*, que habéis venido para vuestra visita *ad limina Apostolorum*. Orando ante las tumbas de los apóstoles san Pedro y san Pablo reafirmáis *el vínculo de comunión con el Sucesor de Pedro y con el Colegio episcopal en todo el mundo*, y compartís de nuevo la "preocupación por todas las Iglesias" (*2 Co 11, 28*), que es el centro del ministerio apostólico. Seguíis dando el testimonio al que los obispos están llamados como sucesores de los Apóstoles, un testimonio de Cristo resucitado que disipa todas las tinieblas con el poder de su luz gloriosa. Con la Iglesia, a lo largo de la historia, repetís el cántico de Pascua que se ha oído durante mucho tiempo en este lugar: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat!* Estas palabras, al dirigir vuestra mente y vuestro corazón hacia el Señor Jesús, el único a quien se deben "alabanza, honor, gloria y potencia por los siglos de los siglos" (*Ap 5, 13*), os recuerdan que el obispo es *administrador, y no dueño, de los misterios*. Sois servidores del Evangelio del único Salvador, Jesucristo: la fuente, el centro y la meta de todo vuestro ministerio episcopal.

Venís de lejos, "pero no hay distancia entre quienes están unidos por la única comunión, la comunión que cada día se nutre de la mesa del Pan eucarístico y de la Palabra de vida" (*Novo millennio ineunte*, 58). Las Iglesias particulares confiadas a vuestra solicitud pastoral son una parte preciosa de esa gran fraternidad de fe que es la Iglesia universal. En este momento de comunión, queridos hermanos en el episcopado, juntos demos gracias por lo que la Iglesia universal es para vuestras Iglesias particulares y por los dones maravillosos que los fieles de

Malasia, Singapur y Brunei aportan a la Iglesia, una, santa, católica y apostólica.

2. Hoy deseo animaros a orientar cada vez más vuestro ministerio y vuestra programación pastoral a la *formación cristiana permanente*, que es el eje de una sólida vida cristiana, una formación que comienza con el bautismo, se desarrolla por la gracia en cada etapa del camino de la vida, y sólo terminará cuando nuestros ojos estén totalmente abiertos en la visión beatífica del cielo. Esta formación cristiana permanente nos permite *escuchar la voz de Cristo*, nuestro Maestro (cf. *Mt 23, 10*), y adherirnos con el corazón y la mente a la causa de su Reino. La enseñanza del Señor llega a la comunidad cristiana por muchos caminos, entre los cuales figuran en primer lugar las tres grandes áreas en las que se despliega la vida de la mayor parte de los fieles: *la familia, la escuela y la parroquia*. No se trata de instituciones convencionales que en cierto momento podrían considerarse pasadas de moda; son instituciones duraderas y valiosas, a través de las cuales se comunica la gracia de Cristo a los que están implicados en ellas. Necesitan vuestro cuidado pastoral continuo y sensible, para que la comunidad que presidís se fortalezca como cuerpo social visible.

3. En vuestros países, como en todas partes, *la familia* está bajo presión. El divorcio ha llegado a ser más común, y su difusión puede llevar a perder el aprecio de la gracia y el compromiso especiales que entraña el matrimonio cristiano. El problema se da de modo particular entre las parejas de diferentes confesiones religiosas, puesto que falta el vínculo común de la fe. También la vida familiar se ha vuelto más difícil donde los medios de comunicación presentan valores contrarios al Evangelio y se convierten en instrumentos de una visión de la vida reducida a lo efímero y a lo insustancial. En esta situación, "la Iglesia (...) siente de manera más viva y acuciante su misión de proclamar a todos el designio de Dios sobre el matrimonio y la familia" (*Familiaris consortio*, 3). En efecto, prestaréis un excelente servicio a toda la sociedad proclamando que el matrimonio entre el hombre y la mujer fue "querido por Dios con la misma creación" (*ib.*) y que es *un lugar primario* de la incesante creatividad de Dios, con el que los esposos cooperan mediante su servicio de vida y amor. Esto significa que el matrimonio y la familia no son instituciones que pueden cambiar siguiendo tendencias pasajeras o según las decisiones de la mayoría. Es preciso hacer todo lo posible para que se reconozca a la familia como el edificio *primordial* de una nación verdaderamente sana y espiritualmente vigorosa (cf. *Carta a las familias*, 2 de febrero de 1994, n. 17).

Cristo mismo habita sacramentalmente en el vínculo del matrimonio cristiano, haciendo participar a los esposos y a los hijos cada vez más profundamente en su amor inagotable, mostrando la gloria de su don, y revelando al mundo la verdad según la cual el hombre es creado por amor y para el amor (cf. *ib.*, 11). Quiero recordar las palabras de Tertuliano: "¡Qué maravilloso es el vínculo entre dos creyentes, con una única esperanza, un único deseo, una única observancia, un único servicio! Son hermanos y servidores; no hay separación entre ellos, en espíritu o en carne; de hecho, son verdaderamente dos en una sola carne, y donde la carne es una, es uno el espíritu" (*A su esposa*, II, VIII, 7-8). A causa de esta vocación muy especial, es esencial que los

esposos cristianos no sólo reciban una preparación profunda para el sacramento del matrimonio, sino también un apoyo constante y una formación permanente, para que comprendan la dignidad y los deberes de su estado.

4. En ese proceso de formación permanente, las *escuelas católicas* están unidas íntimamente a los padres en la tarea de enseñar a los hijos a conocer y amar tanto a Dios como al hombre. Por lo general, en vuestras Iglesias particulares se ha realizado una obra magnífica en el campo de la educación católica, especialmente a cargo de religiosos y religiosas, y les habéis ofrecido generosamente vuestro apoyo y aliento. La presencia de religiosos en las escuelas está menos garantizada hoy que en el pasado, y los profesores laicos comprometidos están asumiendo cada vez mayores responsabilidades. Esto significa que hay que prestar una atención especial a su formación, para que consideren su trabajo profesional como una auténtica vocación; de igual modo, hay que evitar que se ponga en peligro lo que más distingue a las escuelas católicas.

Las presiones culturales, políticas y económicas hacen difícil a veces mantener la independencia requerida por las escuelas católicas. En una situación como la vuestra, las escuelas de la Iglesia están abiertas a estudiantes de todos los sectores de la sociedad. Sin embargo, es esencial preservar y cultivar el sentido de *la providencia del Creador, de la inviolabilidad de la dignidad humana, de la unicidad de Jesucristo, y de la Iglesia como comunidad de santidad y misión*, que permite a las escuelas católicas dar su contribución específica no sólo a los niños que allí se educan, sino también a la sociedad a la que sirven.

5. Las escuelas, así como no pueden separarse de la educación que se imparte dentro de la familia, también deben estar íntimamente unidas a la formación ofrecida en *la parroquia*. Esto se verifica especialmente en situaciones donde la fe no puede transmitirse en las escuelas, sino que debe llevarse a cabo en la parroquia. Como sabéis por experiencia diaria, los *catequistas* desempeñan un papel fundamental en la enseñanza de la fe en vuestras comunidades locales. No sólo necesitan una especial formación formal e informal, que les permita transmitir la riqueza de la doctrina católica en toda su plenitud, sino también el apoyo y el aliento de la comunidad y de su pastor.

Esto es aún más importante en el caso de los *sacerdotes*, puesto que son ellos quienes, como maestros de la fe, mantienen el contacto diario con la gente. No sólo deben enseñar, sino también ayudar a los padres, a los profesores y a los catequistas a asumir plenamente sus responsabilidades. Por eso vuestros sacerdotes, además de una excelente preparación en el seminario, necesitan también la formación permanente mencionada en la exhortación apostólica postsinodal *Pastores dabo vobis*, que se refiere a esta formación ulterior como "exigencia de la fidelidad del sacerdote a su ministerio, es más, a su propio ser" (n. 70). Estad especialmente cercanos a vuestros sacerdotes, ayudándoles constantemente a guardar en su corazón el tesoro de su vocación sacerdotal. Animadlos a acrecentar el amor y el celo que aseguren a sus comunidades todo lo necesario para el culto a Dios y el servicio a sus hermanos.

Lo que vale para los sacerdotes vale también, *a fortiori*, para los *obispos*. Durante la reciente X Asamblea general ordinaria del Sínodo de los obispos se dijeron muchas cosas hermosas e importantes sobre la figura del pastor como hombre de Dios, maestro de la fe que ha sido transmitida, santificador del pueblo de Dios, y guía de la peregrinación de la comunidad. Debido a las numerosas ocupaciones de vuestro ministerio, es siempre difícil encontrar tiempo para el estudio y la reflexión. Pero es muy necesario, porque de lo contrario resultará más difícil para vosotros, obispos, perseverar con verdad y humildad en la misión de ser administradores fieles de los misterios. Por consiguiente, queridos hermanos en el episcopado, os exhorto a que "reavivéis el carisma de Dios que está en vosotros" (2 Tm 1, 6). Y haced todo lo posible para ayudar a vuestros sacerdotes a obrar de ese modo, a fin de que en las parroquias de vuestras diócesis el rebaño de Cristo, buen pastor, oiga siempre su voz.

6. La familia, la escuela y la parroquia católicas, cada una en su ámbito, deben convertirse cada vez más en *escuela de fe y santidad, santuario donde se adore a Dios y servicio a un mundo herido*. Al obrar así, mostrarán "la auténtica pedagogía de la santidad" (*Novo millennio ineunte*, 31), que es especialmente útil ahora, para que la nueva evangelización dé los frutos tan necesarios. Sobre este punto debemos ser claros: la santidad de vida es el objetivo de toda la formación cristiana, como lo es de la programación pastoral en la que estamos comprometidos al comienzo del nuevo milenio. La santidad cristiana brota de la contemplación del rostro de Cristo, crece a través de un proceso de formación permanente, lleva a un seguimiento de Jesús cada vez más perfecto y llega a la madurez cuando testimoniamos fielmente a Cristo y proclamamos su verdad al mundo.

Todo esto dará resultados positivos también para afrontar otra estimulante tarea de la Iglesia del tercer milenio cristiano: *el deber de comprometerse en un diálogo interreligioso fecundo y trabajar eficazmente con los seguidores de todas las religiones para fortalecer la comprensión mutua y la paz en el mundo*. Esta empresa es de particular importancia para vuestras Iglesias locales. Como escribí en la exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in Asia*, sólo los cristianos dotados de una fe madura y convencida, profundamente sumergidos en el misterio de Cristo y felices en su comunidad de fe, pueden promover eficazmente un auténtico diálogo interreligioso (cf. n. 31). Este diálogo incluye intercambios culturales y acciones comunes en favor del desarrollo humano integral y la defensa de los valores humanos y religiosos. La misión de la Iglesia en el nuevo milenio le exige "seguir esforzándose por preservar y promover en todos los niveles este espíritu de encuentro y colaboración con las demás religiones" (*ib.*); esto, a su vez, sostendrá los valores sobre los que se puede construir una sociedad justa y pacífica.

Oro con fervor por vosotros, queridos hermanos en el episcopado, para que seáis siempre hombres de Dios, hombres de oración y de intenso amor pastoral, a fin de que ayudéis a vuestro pueblo a *vivir con auténtica esperanza cristiana*: "Porque nuestra salvación es en esperanza" (Rm 8, 24). Que en este período de incertidumbre en la situación mundial vuestro corazón rebose cada vez más de la compasión y la misericordia del Corazón de Jesús. Sed profetas de su amor

para todas las personas necesitadas.

Os encomiendo a vosotros, a vuestros sacerdotes, a los religiosos y religiosas, y a los fieles laicos de Malasia, Singapur y Brunei, a la protección constante de María, Madre del Redentor, y os imparto cordialmente mi bendición apostólica como prenda de gracia y paz en su Hijo divino.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana